

Antología de la Anti-Democracia

“El País no Está Preparado”

por Sebastián Salazar Bondy

Hay quienes sostienen arbitrariamente —y, tal vez, interesadamente— que el definitivo establecimiento entre nosotros de las instituciones democráticas es imposible porque, como reza el difundido lugar común, “el país todavía no está preparado”. No conozco, en el vasto repertorio de prejuicios criollos, tontería más descomunal. En primer término, si aceptamos el absurdo presupuesto de que para alcanzar una vida cívica normal es necesaria una “preparación”, un aprendizaje, resulta sumamente difícil admitir que el régimen político hasta hoy imperante en el Perú, constituye la instrucción adecuada que nos llevará a la madurez por la cual se haga realidad, algún día, la existencia democrática, tal como se da, inclusive, en naciones menos cultas que la nuestra. La única manera de preparar a un párvulo para andar —conforme lo dicta el más peregrinresco raciocinio— es intentando hacerlo andar, no dejándolo en su cuna a la espera del espontáneo descubrimiento de su posibilidad de desplazamiento individual y voluntario.

La tontería, por eso, no parece tal en labios de quienes, en distinto orden de cosas e ideas, no se muestran tontos. En éstos, aquello de que “el país no está preparado” suena a fórmula justificativa de cierta situación privilegiada y, en su raíz, ilegal. La afirmación tiene, de ese modo, un origen poco respetable: procede del egoísmo, y ninguna verdad brota de manantial semejante. Esta actitud explica bien por qué seres conscientes, o que lo parecen, reclaman, por medio de la expresión aludida, que el estado de cosas actual, perdure. A cualquier popuła limpia se revela bien a las claras que el desquiciamiento institucional, el abuso del poder, la violencia, todas las lacras que de esta índole soportamos, representan, en todo caso, lo contrario de una preparación para la Democracia, porque es algo evidente que sólo viviendo en ella es posible llegar a ella.

Al iniciar una etapa de civismo, tal como la que esperamos que se dé comienzo a partir del próximo 28 de julio, no será sencillo organizar la marcha del país dentro de cauces serenos. Sin duda alguna, surgirán conflictos de principios y actos de cuyo cotejo y fricción, penosamente, emanen las mejores soluciones para los múltiples problemas que nos afectan. La discrepancia llegará, quizá, a altísimos grados de temperatura polémica, y hasta desembocará en verdaderas crisis: ello sin embargo, si se produce dentro de los límites del respeto mutuo, del libre juego

doctrinario, será fundamentalmente el hervor inicial de un orden nuevo en nuestra política. Así si se preparará al país, que, amordazado y maniatado, ha sufrido hasta el presente el atrofiamiento de sus fuerzas espirituales: la opinión, la voluntad creadora, la esperanza en la dicha y el bienestar futuros. En el aire de controversia que se levantará al amparo de la libertad, no faltará —debemos recordarlo para vigilar con mayor celo nuestras conquistas— la serpentina presencia de los enemigos de ese clima, quienes seguirán afirmando que “el país no está preparado” para esa clase de régimen. Se nos tratará de convencer de que una atmósfera de discusión, de la que participarán los gobernantes, los dirigentes, la prensa y el propio pueblo, es el caos. Y esta falacia es refutable con los hechos.

Contra ella habrá que oponer el trabajo. El juego de afirmación y rechazo no tiene por qué esterilizar al país, pues el progreso no es, de ninguna manera, la multiplicación de algunos espectaculares monumentos ante el silencio obligado de la mayoría, sino el desarrollo, en la vida sin ataduras, de la capacidad realizadora de cada individuo y de la colectividad toda. En las urnas, hace un poco más de una semana, la ciudadanía ha declarado que quiere ser responsable del Gobierno que se da y, por ende, de que quiere participar en la obra de aquellos que ejecutando o legislando la conduzcan a un destino más claro y sólido. Los traspiés, las vacilaciones, los errores, las fallas en que incurramos, no serán, como hasta hoy, el fruto de un capricho autocrático, cuya defensa se reserva a la mazmorra o al ostracismo. Representarán, más bien, el pago vital de una experimentación social que se nos había sustraído, porque fuimos, una y otra vez, condenados a acatar lo que se ordenaba, sin darnos oportunidad de decidirlo mancomunadamente.

El pleno y desembarazado ejercicio de nuestros derechos y el cumplimiento estricto de nuestros deberes será la mejor preparación, el mejor aprendizaje, para la final adopción de la Democracia. Podremos pensar, mientras llevemos a cabo la aspiración de convivir y diferir a un tiempo, que estamos practicando un sistema que nos une más, que nos solidariza, que traba mejor los sentimientos que hacen una sola patria de este inmenso territorio de desiertos, pampas, selvas y montañas, a cuyo heroico y paciente habitante ahoga hace tanto tiempo el yugo absolutista.